

EL MENSAJE DE SOR JUANA

POR MARGARITA PAZ PAREDES

Fué Sor Juana Inés libre en su numen como ninguno de los poetas cortesanos de su época; digna, por tanto, de la mayor admiración.

Luis Alberto SÁNCHEZ

El tercer centenario del nacimiento de Sor Juana Inés de la Cruz, que se conmemora este mes, invita a meditar. Al través de los años —perfilada contra el marco aéreo de nuestra historia— la figura de la monja de Nepantla aparece cada vez más joven, más vital, más sugerente, más deslumbrante. Releemos sus versos, y hay en ellos tal frescura, tal pasión y transparencia, como si el aire enrarecido del altiplano donde la poetisa vió la luz primera estuviese iluminando por dentro la copa cinerea de su poesía:

*Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
como en tu rostro y tus acciones vía
que con palabras no te persuadía,
que el corazón me vieses deseaba.*

*Y Amor, que mis intentos ayudaba,
venció lo que imposible parecía;
pues entre el llanto que el dolor vertía,
el corazón deshecho destilaba.*

*Baste ya de rigores, mi bien, baste;
no te atormenten más celos tiranos,
ni el vil recelo tu quietud contraste*

*con sombras necias, con indicios vanos:
pues ya en líquido humor viste y tocaste
mi corazón deshecho entre tus manos.*

Multiplicando esta cita, podríamos hacer un recorrido de maravilla por los romances y los sonetos, las redondillas y los villancicos, las endechas, las décimas, las liras y las silvas de Sor Juana, deteniéndonos en nuestro viaje lírico el tiempo necesario para adentrarnos un poco en *El Sueño* (admirable composición que muestra “el asombro poético de su autora ante el misterio cósmico de los fenómenos, hombre y mundo”), y en todas partes encontraríamos vivos testimonios de aquel prodigioso numen que hechizó al mundo de habla hispánica en el último tercio del siglo XVII.

Pero no es en la poesía sola donde debemos buscar el mensaje que da aliento intemporal a la personalidad y a la obra de la gran poetisa mexicana. El deslumbramiento de su espíritu ante el milagro de la vida, su insaciable sed de sabiduría y su heroica lucha por la libertad del intelecto humano, son las columnas inmovibles que sostienen el templo de la Décima Musa.

La vida de Juana de Asbaje, desde la edad increíble de tres años en que apren-

dió a leer, hasta el período más crítico y angustioso de su reclusión monástica en que violentada por la crítica tomó la determinación de abandonar por siempre la grata compañía de sus libros para dedicarse exclusivamente a obras piadosas, la vida de Sor Juana —repito— fué una constante batalla en pro de la libertad del entendimiento humano.

Demasiado bien sabía ella que el camino a seguir para alcanzar esa meta es doloroso; que el conocimiento es lumbre que aniquila y consume al que lo lleva dentro, y que “el triunfo del sabio se

bre. Dios mismo es sabiduría, porque “todas las cosas salen de Dios, que es el centro, a un tiempo, y la circunferencia de donde salen y donde paran todas las líneas creadas”.

La sagrada cabeza de Cristo —decía— y aquel cerebro divino, eran depósito de sabiduría; “y cerebro sabio en el mundo no basta que esté escarnecido, ha de estar lastimado y maltratado; cabeza que es erario de sabiduría no espere otra corona que de espinas”.

Luego exclamaba, jubilosa y dolorida a la vez, pensando acaso en los íntimos quebrantos y sufrimientos que a ella le acreó el amor por las letras:

“¿Cuál guirnalda espera la sabiduría humana, si ve la que obtuvo la divina?”

La vida de Sor Juana en el Convento de San Jerónimo revela la recia voluntad que se ocultaba tras aquel bello rostro femenino y bajo aquel pecho delicado y piadoso. “La Regla —dice el docto sorju-

Dios creó, sirviéndole ellas de letras y de libro toda la máquina universal”. “No hay criatura —decía— por baja que sea, en que no se conozca el *me fecit Deus*, no hay alguna que no pame el entendimiento, si se considera como se debe.”

Don Marcelino Menéndez y Pelayo nos ha hablado de la “curiosidad científica, universal y avasalladora que desde sus primeros años dominó a Sor Juana”, y Karl Vossler nos dice que para ella la ciencia era una aventura: una deliciosa y apasionante aventura. Pero había en el espíritu de la lírica monja algo más que curiosidad científica y pasión por las letras. Era misticismo.

Sor Juana encarnaba las tres formas de la mística: mística estética, mística religiosa y mística científica. Las tres ligadas entre sí por una persona sin epíteto: la Poesía.

Sin la poesía —dice Robert de Souza— no existe ninguna mística. “No existe ni un solo descubrimiento que no sea el resultado primero o último de un estado lírico.”

Nuestra poetisa concebía el mundo como un concierto admirable en el que todas las cosas están acordes, y en el que las diversas ramas del saber humano se complementan, “dando luz y abriendo caminos unas para las otras, por variaciones y ocultos enlaces, que para esta cadena universal las puso la sabiduría de su Autor”. En ese concierto armónico el entendimiento humano se mueve libremente. Ella lo dijo:

*No hay cosa más libre que
el entendimiento humano;
¿pues lo que Dios no violenta,
por qué yo he de violentarlo?*

Congruente con su modo de pensar, la monja-poeta no toleraba imposiciones que encadenasen la libertad de su numen. Conocida es de todos su famosa *Carta Ateniagórica*, o crítica del sermón del Mandato, del jesuita portugués Antonio Vieira, y su *Respuesta* al Obispo de Puebla, en la cual, doliéndose de la tempestad de opiniones adversas que motivó su *Carta*, se expresa así:

“Llevar una opinión contraria a la de Vieira fué mi atrevimiento, ¿y no lo fué en su paternidad llevarla contra los tres Santos Padres de la Iglesia? *¿Mi entendimiento, tal cual, no era tan libre como el suyo, pues viene de un solar?*”

Sor Juana Inés de la Cruz, alto y genuino “poeta”, vindicó la dignidad humana a través de su defensa de la libertad del pensamiento. Por eso hoy, a trescientos años de distancia, su mensaje cobra actualidad y “su voz esfumada y crepuscular nos habla con más claridad que nunca”.



DIBUJO DE ANDRÉS AUDIFFRED

obtiene con dolor y se celebra con llanto”. Ella misma era la encarnación de ese llanto y ese dolor que nos hacen ser libres. Oigamos sus propias palabras:

“Yo confieso que me hallo muy distante de los términos de la sabiduría, y que la he deseado seguir, aunque a *longe*. Pero todo ha sido acercarme más al fuego de la persecución, al crisol del tormento.”

Para Sor Juana Inés de la Cruz la sabiduría era la suprema virtud del hom-

nista Ermilo Abreu Gómez— prohibía hasta tener amistades particulares. No debían recibir las monjas ni cartas ni cosa alguna sin licencia ni registro. Sor Juana, no obstante, convirtió su celda en academia, taller y estrado.”

No creía la poetisa que hubiera en esto pecado alguno. Para ella el estudio era tan natural y necesario como respirar o dormir. Cuando no estudiaba en los libros, lo hacía “en todas las cosas que